

STÉPHANE GIOCANTI: *Charles Maurras. El caos y el orden*, El Acanalado, Barcelona, 2010, 725 págs. (1).

LA CARA AMABLE DE CHARLES MAURRAS

La historia que Eugen Weber dedicó a la Acción Francesa (A.F.) (2) no ha tenido traducción española. Se trata de un relato que entrelaza admirablemente

(1) La presente edición tiene una errata muy aparatosa que confunde la traducción de la escuela romana por «románica» siempre que se la menciona, de la que se advierte al lector, pero existen otros vocablos de traducción inadecuada, por ejemplo, en la p. 516, Pío XI por Pío IX; «Las más buenas» por las mejores, en la p. 602; «perseguido» por «proseguido», en la p. 635, y el orden de los Felipes, reyes de Francia, en la p. 646.

(2) *L'Action Française*, Paris, Stock, 1964.

las ideas con la acción y el contexto político, así como con la sociología del movimiento impulsado por Charles Maurras (1868-1952). Constituye, por tanto, una historia política de la Francia del primer tercio del siglo XX. Con ella podemos hacernos una idea de hasta qué punto fueron nefastos los planteamientos y las actitudes políticas impulsadas por la A.F. en los años treinta, años que el propio Weber ha calificado en otra obra suya de *hollow years* (3). El libro de Giocanti busca el objetivo opuesto al de Weber, no solo porque se trate de una biografía, antes que del análisis de un movimiento político, sino porque busca suavizar y, en la medida de lo posible, hacer amables los rasgos agresivos, provocadores y dogmáticos del, con toda probabilidad, más grande reaccionario, que no fascista, del siglo XX. El método empleado por el autor es, primero, el de la miscelánea. Al fin y al cabo son más de setecientas páginas de noticias sin fin sobre las actividades, relaciones y amistades de Maurras. En segundo lugar, y es lo más estimable e interesante del libro, reconstruye la dimensión de crítico literario del personaje (4). Giocanti añade por último otros aspectos susceptibles de reforzar la humanidad del personaje de Maurras: su infancia feliz, su amor por los padres y, en especial por su madre, devota católica; el sentido de la amistad (representada especialmente por su relación con Maurice Barrès (1862-1923)), sus variopintos y tempestuosos amoríos y su habitualidad de los prostíbulos. En este campo, sin embargo, hay algo fundamental que no nos aclara y es que, siendo sordo desde la adolescencia, sin que llegara a averiguarse la causa precisa, no llegamos a entender cómo se entendía con la gente en general y sus colaboradores en particular: ¿Leía los labios? ¿Utilizaba el lenguaje de signos? Sabemos solo que esa sordera le impidió ser el gran orador del movimiento y, en todo caso, le cerró el camino al parlamento, de modo que este papel correspondió a León Daudet (5). Y también que, al parecer, oía más o menos si se le hablaba muy cerca de su prominente nariz, pero eso se señala solo en un caso.

(3) *The Hollow Years*, Sinclair-Stevenson, London, 1996

(4) Maurras adoptó en el terreno de la literatura una posición bien interesante, orientada a forjar un canon literario y artístico francés cuyas bases se asentaran firmemente en el paradigma greco-latino. De acuerdo con los ideales griegos de orden y armonía, dicho canon excluía toda referencia germánica, pero también al influjo del romanticismo francés, incluido el conservador Chateaubriand. El canon clásico debía constituir asimismo una pauta para la creación literaria. Esta posición clasicista de quien, por otra parte, fue un regionalista provenzal entusiasta, militante en las filas poéticas de Mistral, estaba abierto a la novedad y resultaba perspicaz. Así lo demuestra su valoración del joven Proust, al que había conocido el año antes de la aparición de su primera obra, *Los placeres y los días* (1896). «Marcel Proust será para nosotros —dijo— un testigo nuevo de una verdad reencontrada». (P. 198).

(5) León Daudet, el parlamentario más destacado de la modesta y episódica presencia en la Asamblea Nacional de la Acción Francesa, se enorgullecía, en los años treinta, de haber afrontado catorce duelos y seiscientos procesos. Un hijo adolescente de este, Philippe, cuyas relaciones con su padre eran pésimas pues, al parecer, este le pegaba, por lo que el chico abandonaba el hogar paterno con frecuencia, trató desesperadamente de que los anarquistas de París le encomendaran un sonoro atentado contra la A.F. Fracasados sus propósitos, Philippe Daudet se suicidó en el interior de un taxi. Algo que su padre no asumió nunca, atribuyendo la muerte a una conspira-

La contrapartida de esta humanización es que a Giocanti le apetece poco llevar a cabo un análisis sistemático de las ideas de Maurras y su contexto político. En este campo proliferan las excusas: que si su violencia y agresividad, con el recurso frecuente a las más rebuscadas amenazas de muerte eran puramente retóricas y no pasaban a los hechos. (Y es lo cierto que un entusiasta del golpe de estado contra la República jamás intentó ponerlo en práctica (6)), mientras que en su etapa más sórdida, la de la ocupación alemana, el biógrafo invoca la edad, ciertamente avanzada de setenta y dos años, los malos consejeros que le rodeaban, el aislamiento y la falta de información. Con todo, Giocanti permite cobrar plena conciencia al lector de los resultados prácticos de su falta de humanidad ante la horrenda tragedia de la deportación y el exterminio, no solo de los judíos refugiados en Francia, sino de los propios ciudadanos franceses de ese origen, merced al celo colaboracionista, tanto de las autoridades francesas de la zona ocupada, como de la pretendidamente «libre» de Vichy.

Y esa es la cuestión: ¿por qué este anciano energúmeno pedía a voz en cuello, al amparo de su querido mariscal Pétain, al que consideró la *divine surprise* traída por los alemanes las más duras providencias contra todos y cada uno de los integrantes de la resistencia, en especial contra De Gaulle y los gaullistas? ¿Por qué denunciaba con nombres y apellidos a supuestos «terroristas» o «disidentes» del «mariscalismo» a despecho de las consecuencias que esas delaciones podían tener, pues la suprema y todopoderosa autoridad ocupante alemana no parecía existir a sus ojos?

Digamos que el balance de una existencia dedicada a la propaganda provocadora y desaforada, aunque no exenta de estilo y un mérito literario que terminó por llevarlo a la Academia, se tradujo en una dispersión infatigable a lo largo de nada menos que diez mil artículos. Este esfuerzo prolongado a lo largo de sesenta años nunca se plasmó en una obra sistemática, ni de crítica literaria, ni filosófica, ni apenas política (salvo la relativa excepción de su *Encuesta sobre la Monarquía*, de 1900), pero significó una influencia intensa aunque difusa en la vida política e intelectual francesa. Una de las razones fue que la organización de un partido de masas moderno nunca interesó a Maurras, lo cual también lo aleja de fascismo. En todo caso, fue la etapa de Vichy la que hundió en la

ción instigada por Alemania, nada menos. Calumnió a este respecto al taxista testigo involuntario del suicidio hasta tal extremo, que León Daudet fue condenado a prisión. Giocanti parece compartir la versión conspirativa del suceso, del que el padre nunca se recuperó.

(6) Pese a la crónica agitación callejera y las múltiples provocaciones de los *Camelots du Roi*, tropas juveniles de choque de la A.F. en el barrio latino de la capital francesa durante la agitación de las diferentes ligas y movimientos como la A.F., que pusieron cerco a la Asamblea Nacional y conmovieron el centro de París, en especial la jornada del 6 de febrero de 1934, Maurras no alteró sus costumbres y pasó el día, como siempre, encerrado horas en la redacción del periódico. No existió el menor indicio de conspiración por su parte. Tal y como nos recuerda Giocanti, por otra parte, mientras los socialistas contaban con doscientos mil militantes y los comunistas con trescientos mil, en 1937, los efectivos del movimiento de la Acción Francesa se limitaban a treinta mil.

descalificación y el fracaso a quien, durante unas de las pruebas más terribles a las que se había visto sometida Francia desde la Guerra de los Cien Años, vio un héroe en el títere lamentable de Pétain y a un disidente y a un criminal en el jefe de la Francia libre, así como a los integrantes de la resistencia interior. De este modo, el paladín de la fiesta de Juana de Arco, el cantor de la gloria de la Monarquía francesa, el héroe del *nacionalismo integral*, de la *Francia sola* y de la *política primero*, enemigo acérrimo e implacable de la «bestia rubia» que era Alemania, terminó debatiéndose entre la imposibilidad de dar el paso hasta un colaboracionismo pleno con el ocupante, y la defensa cerril de la «Revolución nacional» encarnada por Pétain.

Hay que reconocer, como pone de relieve Giocanti, que la vileza política y el dogmatismo más obtuso no habían estado reñidos con la brillantez intelectual ni con una lucidez básica, en lo referente a la amenaza alemana. En ese sentido, este reaccionario se sitúa muy por encima de quienes, al contrario que él, sí supieron traducir en la práctica las exigencias bestiales de una contrarrevolución cuyo arquetipo paradójico venía dado por la revolución bolchevique y el estalinismo. Me refiero, claro, a Mussolini y a Hitler. Tanto en relación a ambos, como comparado con el campeón del lenguaje amenazador y denigratorio, es decir, Lenin, Maurras ostenta no pocas de las mejores notas de la cultura europea y francesa. Pero era un personaje obcecado y, sobre todo, vivió siempre atezado por el miedo; miedo a la infinita capacidad de los hombres para provocar y sucumbir al desorden, miedo a la guerra, miedo a la novedad, al cambio, a las incertidumbres en fin de la vida moderna y de la vida en cualquier época.

A este respecto resulta muy significativa su relación con la Iglesia católica, cuyo papa, Pío XI, lo condenó sin apelación a finales de 1926, en lo que resultó un tropezón del que ya no se recuperaría la A.F., pese al perdón posterior de Pío XII en 1939. Maurras era un lector juvenil apasionado del *De Rerum Natura*, de Lucrecio, aunque iría posteriormente girando hacia Platón. Adoraba también al Dante y a Racine, y a esas excelentes aficiones literarias se sumaron las lecturas filosóficas de Pascal, Berkeley, Hume y Kant, además de Aristóteles, Tomás de Aquino y Schopenhauer. Por tanto, de un gusto filosófico excelente, guiado por la búsqueda de la certidumbre, en medio de los problemas de la epistemología ante los que, finalmente, se rindió. No por casualidad, hasta el momento de expirar, en que recibió los sacramentos de la Iglesia católica, como le había profetizado su madre, Maurras fue toda su vida un agnóstico y un racionalista dogmático y autoritario, lector fiel y admirador consecuente de Auguste Comte. Esto no impidió que alcanzara una fortísima influencia en los medios católicos franceses, incluido el clero y su alta jerarquía. Fue esta instrumentalización la que Pío XI condenó, por la sencilla y fundamental razón de que a Maurras el dogma de la redención y de la salvación y el sustrato judío de la religión cristiana le resultaban indiferentes en el mejor de los casos. Así que, horrorizado con las recetas comunistas de la República platónica, veía la Iglesia católica como la institución más antiutópica y antiestatista que conocía. La

igualdad de todos los hombres en cuanto hijos del mismo Dios (y eso que desconfiaba de la sombra que el monoteísmo podía hacer a los poderes de este mundo y el radicalismo intelectual que podía inspirar), no significaba la igualdad de derechos, de ahí su «antisemitismo de estado» (7). Tampoco conllevaba una comunidad igualitaria basada en la pobreza, sino la implantación de una sociedad aristocrática, jerarquizada, cuyo pluralismo garantizaba la libertad «auténtica»: la del estamento, del gremio, del lugar, del territorio y del privilegio, conforme a las pautas de un Antiguo Régimen idealizado.

Maurras admiraba, en el plano intelectual, el cerrojo que la Iglesia había interpuesto al desafío protestante de la conciencia individual en relación libre con Dios. Gracias a esta disciplina intelectual resultaba posible evitar la acción disolvente del racionalismo antiguo y moderno, en cuanto no sometido a las exigencias supremas de un orden político y social estable. Frente a estas premisas auténticamente racionales porque servían a un orden indiscutible, nada valían, a ojos de Maurras, ni la libertad individual ni el mérito de las carreras abiertas al talento ni al aprovechamiento de las oportunidades de la sociedad abierta y de la economía de mercado.

Es más, Maurras creyó simbolizar del modo más rotundo esta opción suya por un orden social cerrado frente a la tendencia al desorden de la condición humana, en la restauración de la Monarquía. Frente a ella, que simbolizaba lo mejor de la historia de Francia, la Tercera República, heredera de la gran ruptura de 1789, era la *gueuse*, la mendiga. No pocos maurrasianos encontraban caprichoso su dogmatismo monárquico. Él mismo lo puso entre paréntesis durante la Primera Guerra mundial en beneficio de la unión sagrada en torno a la República y, durante la ocupación, en beneficio de Pétain (8). Pero su concepción de la Monarquía era la misma que había llevado a un trágico fracaso a

(7) La justificación del antisemitismo ya había quedado clara en tiempos del *affaire Dreyfus*: por muy inocente que fuera el capitán judío, lo cual carecía de importancia a ojos de Maurras y de los antisemitas, ningún interés individual podía amenazar la integridad de ninguna institución del Estado y, menos, la del ejército. En nombre de la razón de Estado y la defensa de Francia, el ejército podía hacer cualquier cosa y, desde luego, como en el caso de Maurras, mentir flagrantemente. Los judíos eran, a sus ojos, instrumentos del expansionismo alemán y difusores de los principios subversivos de la democracia y el socialismo. Aunque algunos de ellos pudieran llegar a ser «buenos franceses», la condición de extranjeros incapacitados para ocupar ningún cargo en la función pública debía establecerse al menos por tres generaciones para todo extranjero recién llegado. La condición de *maqueto* era uno de los títulos de legitimidad a implantar por la Monarquía maurrasiana. El régimen de Vichy llevó a cabo dos «Estatutos de judíos» inspirados por este «antisemitismo de estado», el del 3 de octubre de 1940 y el de 2 de junio del año siguiente. Este último impuso una identificación explícita como «judío» en la documentación personal, lo que facilitó la deportación y el exterminio por parte de los ocupantes alemanes, zafios racistas y exterminadores, condición a la que Maurras no se rebajaba.

(8) Maurras mantuvo toda su vida una actitud de deferencia y lealtad hacia la familia Orleáns como herederos de la Casa de Francia. No obstante, el personaje tortuoso y oportunista que fue Enrique de Orleáns, Conde de París, rompió con la A.F. por las mismas razones que Roma: la Monarquía no era un instrumento al servicio de Maurras.

Luis XVI, pues se negaba a aceptar que el hundimiento de aquella no obedecía al del Antiguo Régimen, sino a los fracasos sucesivos de tres dinastías diferentes con tres regímenes distintos a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. Aunque para Maurras la democracia era la fuente inevitable de todos los fracasos, era la Monarquía la que había fracasado en Francia ante la democracia.

La misma irrealidad se mezclaba con el más desesperado realismo ante la relación con Alemania. La doctrina maurrasiana afirmaba que los reyes de Francia habían sabido preservar el reino mediante la división de sus enemigos. Ante la amenaza alemana, la solución consistía en reeditar la Paz de Westfalia de 1648, es decir, una Alemania dispersa y débil. Si los desafíos de Bismarck y luego de Hitler resultaban sobrecogedores, ello obedecía a que eran fruto de la asimilación por Alemania del nacionalismo revolucionario a la francesa de 1789. *Ergo*, sin restauración monárquica mediante un golpe de Estado, Francia no se podría defender eficazmente. La realidad era que jamás Francia se había enfrentado a una potencia industrial y militar como la gestada en Alemania entre 1870 y 1939, y menos todavía a un régimen totalitario tan criminal como el nazi. No es que el «parlamentarismo absoluto» de la Tercera República, flagelado incansablemente por Maurras, dejara de mostrar un creciente desconcierto e impotencia ante los desafíos internacionales de los años treinta. Las divisiones políticas se tradujeron en una creciente parálisis, resultado de la radical hostilidad entre la izquierda y la derecha francesas, y las divisiones en el interior de cada una de ellas. Pero el arcaísmo histórico y político de Maurras, cada vez más frustrado en sus expectativas, conducía a un aislacionismo radical y agresivo, en el que ningún desafío justificaba que Francia adoptara el menor riesgo. Solo la Italia de Mussolini y la España de Franco representaban, hasta la aparición de la *divine surprise*, un dique a la amenaza de Hitler. Muy poca cosa, en realidad, ante tan grave desafío, además de que las recetas maurrasianas poco tuvieron que ver con el futuro de una Francia restaurada en su soberanía.

Por último, es imprescindible señalar que Giocanti solo en parte permite entrever hasta qué punto Maurras y la Acción Francesa, pero sobre todo el régimen de Vichy figuran entre los puntos más calientes del debate historiográfico francés, fruto de las allí denominadas *guerras franco-francesas* y aquí, de un tiempo a esta parte, «memoria histórica». De un lado está el debate sobre la naturaleza y la envergadura del fascismo francés y su relación con la empresa maurrasiana. La negativa rotunda de René Rémond a ver entre las derechas francesas (la legitimista, la orleanista y la bonapartista) una significativa presencia fascista, fue rechazada por Zeev Sternhell, como ya lo había hecho Nolte al considerar a Maurras entre los padres del fascismo. Aquel encontró y sistematizó mucho más fascismo en Francia del que posiblemente hubo, por lo que Michel Winock llevó a cabo matizaciones muy sensatas sobre el estado de la cuestión. Pero la clave ha terminado estando en la naturaleza de la colaboración francesa con el nazismo que fue en lo que consistió allí el fascismo y del que el

antisemitismo supuso una parte fundamental. Fueron decisivos a este respecto los pioneros trabajos del norteamericano Robert Paxton en los años setenta, que pusieron sobre el tapete el colaboracionismo voluntario y oficioso del régimen Pétain-Laval, sobre todo en la deportación de más de setenta y cuatro mil judíos, no pocos franceses. La mitología resistente del *mariscalismo* de Maurras recibió un golpe de muerte. Siguieron las investigaciones del historiador suizo Philippe Burrin, entre otros, sobre el aterrizaje de elementos provenientes de la izquierda en el colaboracionismo pronazi más radical, dejando claro que la cantera de la A.F. no era la única ni la más radical del fascismo francés bajo la ocupación. Simon Epstein, finalmente, merced a un trabajo prosopográfico exhaustivo y lleno de sorpresas, ha llegado a conclusiones tan claras como polémicas en este punto: muchos pacifistas de la izquierda terminaron en la colaboración y resultaron grandes impulsores del fascismo y aun del nazismo francés, mientras que no pocos miembros de la A.F. terminaron en Londres con De Gaulle o en la resistencia interior al lado de los comunistas. Fue más fácil, en las conciencias de estos últimos, que el antigermanismo y el amor a Francia derrotaran al antisemitismo y al antimarxismo, que entre los pacifistas de izquierda el antirracismo cerrara el paso a la rendición frente a Hitler en nombre de la paz, que se convirtió en sometimiento al ocupante. Maurras trató de eludir este dilema y terminó juzgado y condenado a la degradación nacional y a la prisión perpetua (9).

Luis Arranz Notario,
Universidad Complutense de Madrid

(9) ERNST NOLTE, *El fascismo y su época*, Península, Barcelona, 1967; RENÉ RÉMOND, *Les droites en France*, Aubier, Paris, 1990; ZEEV STERNHELL, MARIO SZNAJDER y MAIA ASHERI, *El nacimiento de la ideología fascista*, Siglo XXI, Madrid, 1994; MICHEL WINOCK, *Nationalisme, antisémitisme et fascisme en France*, Seuil, Paris, 1982; ROBERT O. PAXTON, *La France de Vichy 1940-1944*, Seuil, Paris, 1973; Id. *Vichy et les juifs*, Calmann-Lévy, Paris, 1982; PHILIPPE BURRIN, *La derive fasciste; Doriot, Deat, Bergery*, Seuil, Paris 1986; SIMON EPSTEIN, *Un paradoxe français*, Albin Michel, Paris, 2008.